



C. Staal.

Imp. F. Chardon, rue de la Harpe, Paris.

F. Bell.

LAURA DE NOVÉS.

Candida rosa nata in dure spine!

(PETRARCA, son. CCVIII, 2º cuarteto, verso 1º).



la muerte del pontifice Bonifacio VIII, con quien habia estado en constante lucha, Felipe el hermoso (de Francia), receloso de los Italianos, y queriendo tener un Papa francés, aprovechó de las divisiones intestinas de las familias de Roma, acaso tambien de la venalidad de algunos, y conquistando, en fin, ó comprando votos en el Cónclave, hizo elegir á Beltran de Got, Arzobispo de Burdeos, quien tomó al ocupar la Cátedra de S. Pedro el nombre de Clemente V. — Tiénese por averiguado que además de las condiciones ostensiblemente impuestas por el Rey al nuevo Pontífice, pactóse entre ellos secretamente la de establecer fuera de Italia el trono pontifical. Lo cierto es que Clemente trasladó en efecto la metrópoli del Orbe cristiano, á la ciudad de Aviñon, donde permaneció establecida durante cerca de setenta años con harto dolor de la Italia que, humillada y celosa, comparaba aquel largo destierro á la cautividad de Babilonia. Ni la injuria, ni acaso la calumnia dejaron de prodigar los escritores italianos á la corte de Aviñon; y por desdicha las con-

diciones de casi doméstico vasallage á que se sometió Clemente con respecto al que Papa le habia hecho, daban pábulo mas que bastante á todo género de acusaciones. — Ora fuese que las costumbres italianas hubieran emigrado con los hombres; ora que estas, lejos de la ciudad eterna, se imaginasen menos obligados á los vínculos del deber (porque entre la idea de este y el lugar en que cumplirse debe hay mas conexión de lo que se piensa); la verdad es que la simonía, la codicia, el lujo, la gula y el desenfreno, infestaron la corte pontifical, como otras tantas llagas, sin que en compensación al menos un poco de energía diese movimiento á aquel cuerpo valetudinario. Durante esa especie de interregno, el Pontificado, ausente de Roma, apenas fué mas que la sombra de sí mismo. — Así, movido sin duda tanto por el recuerdo de la pasada grandeza, cuanto por el dolor de la decadencia del momento, decia Bocacio: « *Roma, que como hoy es la cola, fué en otro tiempo cabeza del Universo* » (1). — De los Prebendados á quienes, con no tener de eclesiásticos mas que el hábito y la tonsura, se confirieron entonces pingües beneficios, quiere Tiraboschi que procedan los *Abates* profanos y galantes que inundaron después la Francia: parécenos que es remontarse demasiado en la antigüedad para buscar el origen del clero mundano que la Revolución purificó con sangre. En Aviñon, sin embargo, en la corrompida ciudad, nació *Laura de Novés* — *candida rosa nata in dure spine*—Laura, cuya vida está con la de Petrarca tan ligada, que puede decirse que si ella aun vive, en él y por él es exclusivamente.

Habremos, pues, de comenzar diciendo algunas palabras sobre el origen y juventud de aquel ilustre poeta, que llenó todo un siglo con el esplendor de su gloria y la fama de sus amores.

Su padre, Notario de la Reformation, ó sea Archivero del Señorío ó Municipalidad de Florencia, era Guelfo y de la fracción llamada de los *Blancos*. Comprendido, por tanto, en el mismo decreto de proscripción que arrojó al *Dante* de la patria, retiróse con su familia á Arezzo, donde en la noche del 29 al 30 de Julio de 1304, nació *Francisco Petrarca*, á quien le debe ese apellido la celebridad de que goza. Durante algun tiem-

(1) *Roma che, comme oggi è coda, così fu già capo del mondo.*

po los Guelfos blancos, unidos entonces á los antiguos Gibelinos, fundaron quiméricas esperanzas en el auxilio que se prometían del Emperador Enrique VII; pero fallidas esas, el padre de Francisco, desde Pisa, á donde primero se habia trasladado, pasó á establecerse en Aviñon, corte y residencia como sabemos de Clemente V. — Petrarca estudió las leyes sucesivamente en Carpentras, Montpellier y Bolonia; pero su vocación le llamaba á las bellas letras. Huérfano de madre en 1325, y al año siguiente de padre también, regresó á Aviñon á encargarse de su modesta herencia. Tenia entonces 22 años: su juventud, su belleza, el esmero con que cuidaba de su traje y cabellera, le hicieron pronto notable en aquella ciudad consagrada á los placeres. Un año hacia ya que se deslizaba su existencia en esa vaga inquietud del corazón que es acaso el mayor de los encantos de la juventud, cuando, en fin, el 6 de Abril de 1327—fecha que no olvidó en su vida—vió á Laura por vez primera en la iglesia de las religiosas de Santa Clara.

El padre de Laura, Audibert de Novés, uno de los síndicos ó regidores (echevins) de la ciudad de Aviñon, habitaba una casa, que á principios del siglo XVI aun existia, cerca (del convento de los Franciscanos (cordeliers), á la entrada del arrabal del mismo nombre, que mas tarde fué encerrado dentro de los muros de la ciudad misma. Allí ó en la aldea de Novés, distante dos leguas de Aviñon, nació Laura en 1307 ó 1308.

Cuando la conoció Petrarca era ya esposa de Hugo de Sade, descendiente de una antigua familia de la Provenza, y cuyos abuelos venian de siglos atrás ejerciendo en la ciudad las mas importantes entre las magistraturas municipales. Hugo solo tenia dos ó tres años de edad mas que Laura; y si él era inmensamente rico, el caudal de ella era también considerable; por manera que todo, inclusa la categoría elevada de entrambos en la sociedad aviñonense, todo parecia conspirar á la dicha de aquel matrimonio. Sin embargo, ni el uno ni el otro fueron dichosos. Laura, al parecer llevó libre el corazón á poder de su esposo, cuyo carácter excéntrico no era á propósito para conquistárselo. Ora fuese por natural aspereza, ora por celosa excitación, si no por efecto de la situación embarazosa y desairado papel que el declarado amor de Petrarca le imponia, el hecho es que Hugo ni supo apreciar á su muger, ni la amó nunca, puesto que á los

siete meses de viudo, y sin esperar siquiera el fin del luto, volvió á casarse.

En las obras de Petrarca es donde hay que buscar el retrato de la muger célebre que nos ocupa.

Era, pues, segun el poeta, de elevada estatura y de seductor magestuoso continente; blanco como el alabastro, su cutis trasparente teñíase de carmin cada vez que su corazon latia apresurado, y sus dorados cabellos con arte aderezados, aunque al parecer por negligencia sueltos, ondulábanle en torno de la garganta, donde *el viento* (dice el Petrarca) *á su placer los ataba y desataba*. Encarécenos el poeta la belleza de los brazos, y sobre todo de las manos de su dama, manos que ni los nudos de los huesos, ni el rastro de una sola vena, revelaban; y completa la descripcion de tan acabada hermosura con hablarnos del metal de voz encantador, de la irresistible sonrisa, de la mirada tan cristalina y serena, cuando tierna, como cuando airada y fulminante, y de aquel conjunto, en fin, inexplicable de la gracia que atrae, y de la dignidad tranquila que contiene. Si eran sus ojos negros ó azules, es lo que todavía no ha podido averiguarse; porque Petrarca nos habla de miradas que le flechaban *nel bel bianco e nel nero* (en lo bello blanco y en lo negro); y ese pasage pretenden unos que se refiere á la *negra pupila* del ojo, destacándose sobre su blanco globo; mientras otros sostienen que alude á unos ojos *azules* guarnecidos de negras cejas y negras pestañas.

Intelectualmente no debió Laura de ser inferior á ninguna otra muger de su tiempo, pues por una parte Petrarca llama á su pecho, *torre d'alto intelletto*, (alcázar de alto ingenio); y por otra su vida entera da testimonio de un gran sentido moral.

Cuando la vió por vez primera creyó Petrarca leer en sus ojos cierta expresion compasiva, muestra inequívoca de que habia echado de ver la amorosa turbacion del jóven; mas triunfando presto el sentimiento del deber de aquel simpático pasagero impulso, cuanto crecia el amor en él, tanto y mas en ella la severidad. Veinte años duró sin tregua en el llagado corazon del poeta, la lucha entre el amor y el respeto, entre el deseo de agradar y el temor de ofender, entre la necesidad de hablar y la obligacion del silencio.

Los jardines de la casa de Laura, que desde su casamiento habitaba en

Aviñon, yacian al pié de la roca sobre cuya cima edificaron los Papas su palacio. Desde aquella eminencia que le facilitaba espaciar la vista en el retiro de su amada, seguia el Petrarca, como perpetua atalaya, sus solitarios paseos durante los largos dias del verano, ó contemplábala en éxtasis sobre la piedra en que á sentarse acostumbraba *consigo misma conversando*. No siempre, empero, érale dado ni aquel inocente goce; mas cuando de él le privaba la suerte, recorria nuestro enamorado los lugares en que á su amada habia visto, ó ibase á llorar á la iglesia del convento de Santa Clara. Al cabo aquel amor que desahogarse en palabras no podía, estalló, por decirlo así, en los *sonetos* que á su autor, y á la que les dió asunto han inmortalizado. Si á Laura pudo lisongear la pasion que tan violentamente se exhalaba, su modestia debió tambien padecer no poco con aquella publicidad: mas segura de sí misma, y en su virtud fiada, no la hicieron los sonetos variar de conducta con el poeta, ni en bien ni en mal para este.

Sabemos que la honesta dama evitaba con esmero toda ocasion de oír una declaracion que escuchar no queria; y sin embargo, si la primera *balada* de Petrarca no es una ficcion, habremos de confesar que no fueron de provecho en esa parte sus buenas intenciones. En efecto, segun el poeta, declaróse resuelto, y altivamente desdeñado de palabra, *escribió*, enojando por ello á Laura, cuyo perdon no alcanzó sino después de largo y probado arrepentimiento. Verdad es tambien, segun él mismo confiesa, que no fué aquella su única desgracia, ni su sola falta de resignacion con los desdenes.

Como quiera que sea, la posicion social de su marido llamaba á Laura á la corte pontifical, donde Petrarca, ya conocido, tenia tambien libre acceso; y como su ambicion de amante era modesta, poca cosa bastaba para hacerle momentáneamente dichoso. Un benévolo saludo, una sonrisa, una mirada, una respuesta cortés aunque de fórmula, al mas rendido cumplimiento, eran contados por él como favores; y entre los mas altos, el que rara vez se le otorgaba, de oír la voz de su ídolo.

Brillaba Laura radiante de pureza en la mas corrompida de las cortes, y ese contraste, elevándola en la estimacion de su amante, aumentábale á él la pasion.

Dijérase, en verdad, que todo rubor era ageno á aquella sociedad esclava del vino, de la molicie, de la gula, y en la lujuria encenegada. Servia allí la benevolencia de máscara á la traicion; la pobreza primitiva mirábase por el lujo desterrada; y hasta el error, hasta la heregía misma, llegaron á levantar en aquel recinto la cabeza. En suntuosos festines viase á viejos asquerosos danzando trémulos con descocadas bellezas. Tantos escándalos provocaron la indignacion de nuestro poeta, que nos la revela en tres sonetos donde la severidad del pensamiento apenas es inferior á la violencia de las palabras. Si el cuadro que en ellos traza es á la verdad conforme, pntanos los vicios de aquella corte, y al propio tiempo su tolerancia.

Por huir de tan repugnante espectáculo, acaso con la esperanza de curarse de una pasion que era á un tiempo la dicha y el tormento de su vida, y cediendo Petrarca á las instancias de su amigo y protector *Santiago Colonna*, Obispo de Lombis, trasladóse á la residencia de aquel y pasó en su compañía algunos meses. Mas el recuerdo de Laura que le perseguia, volvió presto á llevarle á Aviñon, donde hallándola tan severa como antes, resolvió apartarse de nuevo de ella y á mayor distancia. Con tal objeto emprendió entonces un largo viaje, en el curso del cual atravesando la Francia visitó á París, ciudad de que se habia formado una alta idea, y que le pareció de cerca asquerosamente inmunda. De allí por la Flandes y los Países Bajos llegó hasta *Colonia*, y atravesando de regreso las Ardenas, dió la vuelta á Aviñon embarcado en el Ródano, al cabo de ocho meses de correrias inútiles, puesto que la ausencia ni á él pudo curarle, ni ablandar á Laura.

En tal estado tomó el peor de los partidos posibles para un enfermo de amores, que fué acogerse á la soledad, alquilando en la de las fuentes del rio Vaucluse, una reducida estancia en casa de cierto pescador, donde rodeado de libros, y recibiendo exclusivamente á sus mas íntimos amigos, se entregó completamente al estudio.

Mucho le debemos á Petrarca. Dotado de un entendimiento de sabio y de un espíritu investigador, en sus viajes escudriñaba las bibliotecas, de las cuales exhumó, salvándolos de la destruccion ó del olvido, muchos y muy preciosos manuscritos. Si la Italia no le hubiera colocado entre los

primeros de sus grandes poetas, diérale lugar el mundo civilizado entre los restauradores de las letras. Tres pasiones dominaban en el corazon de aquel hombre extraordinario: el amor á Laura, la aficion al estudio, y el culto á la antigua Roma.

Aquende los Alpes le tenia el corazon encadenado: mas trasportándose en espíritu á los campos de su cara Italia, llenábase su alma de amargura al contemplar á la soberbia Roma hecha teatro de intestinas luchas, y retrocediendo á su origen, convertida en una amalgama de bandidos, que en el seno de la ciudad misma asediaban y demolian los edificios, y en sanguienta arena trocaban sus anchas vias y magnificas plazas. Naturalmente, pues, palpité su corazon de gozo, de esperanza y de orgullo, como pudiera el de un Romano de los tiempos de la República, cuando Nicolás Rienzi, el último tribuno, trató de resucitarla. La voz de Petrarca resonó entonces entusiasta y patriótica en un himno al restaurador de libertad antigua; y patriótica hemos dicho porque si bien Florentino de nacimiento, nuestro poeta era Romano de corazon. Desdichadamente Rienzi tuvo mas de loco todavía que de tribuno; el rayo de esperanza que su tentativa habia hecho nacer, disipóse pronto; y Petrarca hubo de ruborizarse algun tanto de su fácil credulidad. — Desesperando en consecuencia del renacimiento de la Roma antigua, consolárase en gran parte, si la viese recobrar al menos la importancia que debió en la Era Cristiana á grandes Pontífices: pero tambien esa aspiracion fué vana. Murió en Aviñon Juan XXII á quien se suponía dispuesto á trasladar la sede pontificia á Italia, y su sucesor Benedicto XII, animado, segun la voz pública, de iguales deseos, tampoco pudo realizarlos.

Disipados así sus patrióticos ensueños, restábanle á Petrarca el Amor y el Estudio.

Prendado de la soledad de Vaucluse, porque estaba cerca de Aviñon, al cabo compró en aquel punto una casita con su jardin, y allí trabajaba en sus obras latinas, cuando el arribo á la ciudad de Simon de Siena, discípulo del Giotto, y encargado de decorar el palacio pontifical, le sacó de su retiro. Simon, á ruegos de Petrarca, hizo el retrato de Laura, encontrándola tan hermosa, dicen, que la reprodujo despues repetidas veces en sus diferentes obras. Pero ¿ fué un retrato original, ó una copia, lo que del

pintor obtuvo nuestro poeta? Tal es la grave cuestion que aun no han podido resolver los artistas. Si lo primero, esto es: si un verdadero original retrato, indispensable fué que Laura se prestase á ello, y tal complacencia amor ó casi amor supone..... Sea lo que fuere; en todo caso su felicidad no fué mas lejos.

El tiempo, el consolador por excelencia, lejos de amortiguar la pasion de Petrarca, parecia por el contrario vigorizarla.

Léanse sus sonetos atentamente, despójeseles de la exageracion poética, prescindase de su culteranismo y alambicamiento de mal gusto, pecados mas bien de la época que del poeta; y se hallará en ellos trazada la marcha constante y ordinaria de las pasiones. Nuestro enamorado, ruega, se lamenta, llora, prorumpo en quejas y reconvenciones, de que luego se arrepiente y solicita el perdon; hasta que ya desesperado de tantos y tan inútiles esfuerzos, vuélvese á sus amigos, como diciéndoles: « ¡Consoladme! » — Aliviado así momentáneamente su corazon, torna presto á la que adora, para ensayar en ella el poder de los celos, llegando tal vez á las amenazas: « Si mi corazon, exclama, se rinde á otra, culpa será de entrambos, pero vuestra mas que mia! »

Una vez, pero una sola, se nos muestra triunfante y de su pasion vencedor: en su *cancion* undécima (1), de propósito hecha por el autor en su conjunto ininteligible, hay sin embargo pormenores que no dejan duda alguna de lo que hemos indicado. La ironía, en efecto, rebosa en sus labios: « Laura es ceñuda y altanera; cuando para agradecerle al poeta, » le basta á una muger amante con ser digna y reservada. Pena le causa » contemplar la virtud, aunque grande, por el orgullo sofocada. *Amor con amor se paga*, es antiguo proverbio. Aprendan otros en cabeza » agena etc. etc. » — Todas esas máximas, como se ve, tienen declarado sabor de rebelion, y aun de pasajera satisfaccion de los sentidos: mas Petrarca tenia el yugo clavado en la frente, y su rebeldia como su libertad no podian durar, por tanto, mas que lo que en escribir su *cancion* tardase. — ¡ Con qué placer vuelve á someterse á la coyunda! ¡ Cómo bendice el dia, el mes y el año en que le fué dado conocer á Laura, que es

(1) « Mai non vo' piu cantar » (Edicion de Biagioli.—París 1821.)

« quien al bien le encamina, y quien entre la multitud le ha hecho » distinguirse! »

Y después vuelve á sus lamentos y á sus quejas, y tórñase á Dios rogándole que de tantas miserias le saque.

Marchitábase en vano la belleza de Laura; y en vano era que sus ojos perdiesen el brillo, y su esbeltez el talle, por una extraordinaria fecundidad desfigurado; en vano tambien que plateadas hebras matizaran el áureo cabello..... Petrarca la veia siempre tal como la contempló por vez primera en el templo de Santa Clara.

Si sus amigos intentaban rasgar el velo que así le ocultaba los estragos del tiempo, respondiales él generosamente: « ¿Cúrase la herida de la » flecha, porque el arco no esté ya tendido? »

A juzgar por el primer soneto (1), sin embargo, su tan constante como mal pagado amor, hizo incurrir á nuestro poeta en cierto género de *ridículo*, como hoy decimos, á los ojos de sus contemporáneos. Todavía entonces no se habia hecho la apotéosis de la *Muger de treinta años*, y Laura en el apogeo de su gloria, contaba de treinta y cinco á treinta y seis nada menos. Los extrangeros pues, á la corte de Aviñon atraidos por los versos del Petrarca, no podian contemplar sin sorpresa á la que segun el lenguaje de aquel tiempo, se llamaba la *señora de sus pensamientos*, y aun hubo uno, gran personaje cuyo nombre calla la historia, que al verla exclamó grosero: « ¿ Y es esa la famosa *hermosura* que á Petrarca » le trastorna el seso? »

Felizmente para Laura, ya de antemano un regio y público homenaje la tenia vengada de aquel insulto. Carlos de Luxemburgo, que luego fué el emperador Carlos IV, hallándose en un baile á que Laura asistia, buscóla entre la concurrencia, apartó de ella con sus propias manos las personas que la rodeaban, y la besó en la frente y en los ojos. Aquel acto de cortesía, *un poco extraño* (dice Petrarca), inspiróle á este un soneto, y tambien amargos celos, sentimiento natural en un amante en tales circunstancias. Mas para los que no lo somos, lo que hay en el suceso referido es una prueba, entre muchas, de que al parecer todo el mundo se

(1) « Voi ch' ascollate, » etc.